

# Jardín de caminos que se bifurcan

Lucas Feliziani Avila



# Capítulo 1

## Jardín de caminos que se bufircan

La lluvia era torrencial.

Las gotas caían en picada, reflejando los destellos de los truenos que caían a mis espaldas, perdiéndose tras las sierras. Parecían cuchillas de luz. La piel desnuda de mis brazos escocía bajo la fuerza de sus golpes. Aún restaban dos kilómetros hasta mi casa, y el desgano había ganado todas las batallas. Me invadió una sensación de soledad. Imaginé a mis perros, esperándome en los sillones calientes de mi sala de estar, abrazados por la calidez de la calefacción y aquel gusto a hogar que tanto sabor tiene cuando el mundo exterior se cae a pedazos. Volteé, alterado por el sonido de un motor lejano. Por la potencia, debía ser un colectivo.

“Al fin”, pensé. Me dispuse a cruzar la amplia avenida de cuatro carriles. Los coches circulaban con lentitud, pero en un flujo constante que parecía no tener fin. El colectivo se acercaba, implacable. Comencé a sospechar que no lograría atravesar aquella masa de autos antes de que llegara a la parada. Observé cuidadosamente, buscando la cortina justa que me permitiera avanzar. La encontré. Me escabullí entre las ruedas. Algunos bocinazos sonaron a mis espaldas. Giré mi cabeza rápidamente y levante mi mano, enseñándoles a todos mi dedo medio. Estaba a mitad de camino. Observé entonces al gigante monstruo amarillo frenar a unos metros míos. Las cinco personas que esperaban, al resguardo del techo, comenzaron a abordar, una a una. Grité con fuerza, mi voz surgió potente, como un rugido, pero el chófer parecía no oír. Justo en ese momento, se abrió una grieta entre el tráfico. Avancé algunos metros más. Me dispuse a gritar de nuevo, pero un bocinazo ahogó mi grito. Apreté los dientes, pero ya era tarde. El colectivo retomó su marcha, impasible, completamente ajeno a mí.

Me senté un momento en la parada. Algunas gotas se filtraban a través de la chapa que recubría los asientos y salpicaba mis zapatillas, ya empapadas. Aquello llevaba siendo, por mucho, el peor día del año. Luego de algunos minutos, decidí continuar mi caminata. Algunas cuerdas más adelante un perro se acopló a mi marcha. Su pelaje oscuro brillaba, desprendiendo gotas con cada salto que daban sus patas. De repente, el rugido de un trueno quebró el cielo. Lo observé encogerse y buscar cobijo bajo el techo más cercano. Me acerqué hasta él. Me observó con ternura. Me senté a su lado, “después de todo ya estoy todo mojado”. Primero se mostró con recelo, luego de algunas caricias, se desplomó a mi lado y

apoyó su cabeza en mi regazo.

En aquellos instantes pensé en la cantidad de veces que podría haber evitado tener este día, desastroso por donde se lo mirase. Comprendí a regañadientes como cualquier acción minúscula, insignificante, puede crear una realidad entera. Como una idea que crece y se expande, como un cáncer, hasta convencerte de que no podrás conseguir aquello que te propusiste por tanto tiempo; o como un pequeño gusto que acabó por convertirse en la peor adicción. Era como si pequeños pedazos de energía se atrajeran entre sí, reproduciéndose infinidad de veces hasta aplastarte con el peso de una realidad que no esperabas por ningún flanco, pero que está allí, rigiendo tu vida.

En aquellos lamentos me encontraba cuando el perro ladró. Se levantó con nerviosismo y comenzó a mover la cola en un vaivén sin fin. Cuando levanté la vista, me encontré con unas largas piernas esbeltas. Por lo poco mojada que estaba su ropa, deduje que no hacía mucho tiempo que estaba bajo la lluvia. El perro dio algunos saltos de felicidad, y luego se volteó a mirarme. Como si ella comprendiera aquel gesto, se acercó hasta mí.

-Se me había escapado, ¿estabas cuidándolo?

-Tenía miedo de la tormenta, los míos son iguales.- Respondí, avergonzado ante mi estado.

Proseguí, entonces, a contarle lo que había ocurrido. Ella escuchó, sonriente, como si se alegrara de aquel gesto.

-No sé cómo agradecerte. ¿Te puedo alcanzar hasta tu casa?

Acepté, agradecido por no tener que sufrir más aquella caminata que ya se me antojaba interminable. Mientras viajábamos, pude notar en mayor detalle la calidez de su voz, y la magia que tenían sus ojos.

Una pequeña decisión, era todo lo que me había llevado hasta la sonrisa más linda que jamás había visto.

## **Lux aeterna**

¿Qué tanto dura una eternidad? Pensaba mientras veía golpear las olas contra las costas. El sol se colaba entre los dedos de la noche a mis espaldas, dejándome apreciar la infinidad que me rodeaba. Los tonos naranjas jugaban con el agua y parecían oscurecerla cada vez más. No

tan lejos de allí, una enorme hoguera comenzaba a ganar fuerza. Los fogonazos brotaban desde la base, liberando chispas en todas las direcciones. Algún parlante improvisado sonaba, aun con timidez, cerca.

Me levanté con calma. Pude sentir los granos de arena corriendo por mis piernas, húmedas. El aire era denso, pesado. Una delgada capa de sudor cubría todo mi cuerpo. Ya me había acostumbrado a aquella sensación. A la gente no parecía importarle aquello: se abrazaban nuevamente cada vez que se encontraban; se besaban con pasión; y bailaban, bailaban hasta la madrugada como si la noche no osara abandonarlos jamás.

Las calles estaban repletas de gente desinhibida. Los hombres con el torso desnudo, caminando en una especie de danza de seducción mientras las mujeres, con sus pelos a merced del viento, dejaban a la brisa jugar con su peinado.

Apuré el último trago de mi cerveza y me deshice de la botella antes de subir las escaleras.

El departamento estaba calmo. Mis compañeros se habían marchado temprano y no habían regresado todavía. En la penumbra naranja que me brindaba aquel atardecer en deceso, me acerqué hasta el balcón. Una brisa cálida me golpeó la cara. Sobre las montañas que nos rodeaban, comenzaron a asomarse unos nubarrones grises.

La tormenta rompió una hora después. Los rayos caían sobre las olas con una potencia monstruosa. Las gotas caían, finas y suaves sobre los transeúntes, que seguían su ritmo normal. En aquel lugar la gente no corría de la lluvia. Se dejaban bañar por sus gotas cálidas; sonreían cuando se mojaban sus ropajes y continuaban con su vida, tal y como venían.

La lluvia cesó cerca de la media noche, dando paso a una brisa veraniega que nos acompañó todo el trayecto hasta la ciudad vecina. El bar al que habíamos planeado ir estaba repleto. Adivinamos algunas mesas libres al fondo del gentío y nos adentramos entre la masa de gente. Era mi parte del día favorita. Luego de la segunda cerveza, mi mente se liberaba. Parecía sentir como cada átomo de mi cuerpo vibraba con el momento presente, en un mindfulness delicioso. Me dejé llevar por las historias de mis amigos, riendo despreocupadamente. Bailamos durante horas, cada

vez que me detuve a observar a mi alrededor, sólo encontré sonrisas.

Cerca de las cuatro de la madrugada, me senté, cerveza en mano. Mis amigos estaban muy bien acompañados. Mujeres con un dorado exquisito movían sus caderas bajo sus brazos, seduciéndose mutuamente. Sonreí y brindé por ellos. Gustaba de ver como todos a mi alrededor estaban felices. Pero mi trance se quebró. Lo primero que pude ver fueron unas largas ondas plateadas. Me dijo algo que sonó lejano, como un eco. Giré mi cabeza y me encontré con un par de ojos color mar, metalizados, brillantes.

-¿Qué? -Fue todo lo que alcancé a decir. Me hallé sorprendido.

-¿Puedo hacer de cuenta que te conozco?

Mientras yo titubeaba, ella sonrió. Pareció detectar mi incertidumbre ante aquello. Luego, como si todo encajara nuevamente, volví en mí y respondí:

-¿Te están molestando? -Reí.

-Sí, y no quiero renegar.

Ofrecí una cerveza, y ella aceptó. La observé apoyarse en la barra. Los tonos tierra de la madera se camuflaban perfectamente con el dorado de su piel. En aquel instante, perdí la noción del tiempo. Aún estábamos compartiendo botellas cuando el encargado del lugar, micrófono en mano, anunciaba que la fiesta había terminado por hoy. Salimos caminando en la noche cálida. Tomó sus zapatos en la mano y caminó descalza, libre. Nos tumbamos en la arena y dejó salir un profundo suspiro. Imaginé que, a estas horas, mis amigos estarían tan perdidos como yo en algún rincón de la ciudad. Ella me miró y sonrió de nuevo. Sentí entonces el irrefrenable deseo de besarla. Me acerqué con lentitud, ella cerró sus ojos y me entregó aquellos labios pintados de carmesí. El beso fue lento, como si no existieran prisas, como si no importara que dentro de cinco días, lo más probable sería que no volviéramos a vernos nunca más.

Nos vimos durante todas las noches que me restaban en aquella ciudad. El color dorado de su piel, con aquella suavidad extrema, se había vuelto demasiado agradable. Disfrutábamos de nuestra compañía mutuamente. Ella me narraba cómo iban sus estudios, cuánto esfuerzo tenía que hacer por mantenerse al día, qué tipos de deportes le gustaban y por qué siempre venía de vacaciones al mismo lugar. Yo la escuchaba, absorto en su belleza. Temeroso de romper el trance que me generaban sus palabras.

De repente, me asaltó una extrañeza. Hasta hacía unos días, estaba completamente seguro de que mis sentimientos estaban por completo

bajo mi control. Sin embargo, acababa de comprobar lo contrario. No, no estaba enamorado. Jamás caí en el absurdo de confundir enamoramiento con aquella atracción implacable que se siente cuando una persona trae consigo todos tus gustos. Sin embargo, el engaño de la narrativa de aquellas noches me había obligado a creer en la eternidad del instante. Me sentí decepcionado. Al otro día ella se marcharía por un camino y yo por otro completamente distinto, dejándole al viento los recuerdos de lo que podría haber sido. Cuando lo expresé, a ella no pareció afectarle. Comprendí, entonces, que aunque los dos nos sintiéramos embriagados por el otro, no nos quedaba más que resignarnos bajo el peso de lo único que jamás habíamos tenido: el control.

Cuando la despedí, tenía la misma sonrisa y el carmesí en sus labios. Me abrazó fugazmente, hundiendo su cabeza en mi pecho. Le besé la frente, luego los labios. Cuando subió a su auto y se perdió en la oscuridad de la noche, la respuesta llegó a mí sin esfuerzo alguno.

Me perdí nuevamente en la ciudad. No estaba feliz, pero sabía que siempre existiría la posibilidad de verla otra vez.

A veces, la eternidad sólo dura unos cuantos minutos.

## **Mometum**

Oscuridad.

En la habitación, apenas unos rayos de atardecer tenue bailaban entre las sombras. Era aquel momento de la tarde en que las luces aún no se encendían y el sol apuraba su descanso. Tuve la voluntad refleja de presionar el interruptor de la luz. Me detuve justo cuando mi dedo sintió el tacto del frío plástico. En silencio, atravesé las sombras y me tumbé en la cama.

La vida a mi alrededor, plena, rugía con fuerza. El canto de un pájaro, el llanto de un niño, la respiración de mi perro en la habitación contigua y las embestidas de mi corazón, que parecía querer romperme el pecho. Se derramaban a mi alrededor visiones. Me atormentaba el porvenir incierto. Movía la pierna con nerviosismo, como si intentara sacarme aquella pesadumbre que parecía haberseme pegado en los huesos. Incluso en la oscuridad, las manchas de soledad se veían sin mucho esfuerzo, como si nada pudiera cubrirlas. Me percaté, entonces, de que la respiración de mi perro había cesado. Sus pesuñas resonaron, rasgando el suelo. Llegó a mi

lado con calma y de un salto elegante subió hasta la cama y se acurrucó a mi lado.

Cerré los ojos, y escuché mi respiración. Gradualmente, y sin ningún esfuerzo sobrehumano, sentí mi mente fluir. Como si se tratase de un gran río, cercado por una represa que acababa de romperse por el peso del agua. Los hechos a mi alrededor dejaron de aislarse, y se unieron a mí como si a todos nos arrastrara la misma corriente. Dejé de ser, entonces, un protagonista de aquella odisea en la que se había convertido mi vida, y pude observarla desde afuera. Como si hubiera logrado sacudirme todo aquella polvareda de expectativas y problemas irreales que había creado. Cada inhalación del can, parecía retumbar en la eternidad. Podía sentir a través de ella la calidez de su pequeño corazón, latiendo por mí. El pájaro volvió a cantar y la melodía me impregnó. Abrí los ojos. El sol había terminado de perderse entre las manos de las montañas.

Permanecí algunas horas más en silencio. Me sorprendí de la cantidad de cosas que uno puede escuchar, ver y sentir, cuando mantiene, aunque sea unas horas, la puta boca cerrada.

Me incorporé, luego de un rato, con la certeza de que aquel hecho prodigioso de encontrarme tan bien en mi propia compañía, significaría, ante todas las tristezas y las decepciones, jamás encontrarme solo.

## **El tesoro de los inocentes**

Observé girar una moneda entre sus dedos. El fulgor de la plata rompía las sombras como si fuera un tesoro.

Me acerqué a él. Cuando mi brazo rozó el suyo, producto del movimiento de sus dedos, su calor corporal me llenó de una sensación de protección.

No atiné a observar la sombra que se movió detrás de nosotros. Instantes después, un disparo quebró el cantar rítmico de las máquinas y aquellos hombres sin rostro. Tres encapuchados surgieron de una esquina, armados para una guerra y con voz violenta, saquearon la caja fuerte del banco en menos de seis minutos. Calmadamente, observé el saldo de aquella acción: seis eran los muertos. La sangre regaba el piso que hacía instantes había sido limpiado, pagando la maldición.

Volteé, el joven seguía atónito. La plata aún brillaba entre sus dedos.

Antes de marcharme, entre todo el caos de los mortales, le dediqué una última mirada. Supe entonces, que dentro de aquellos ojos color ocre, habitaba un verano invencible. Rodeando aquel calor, todo era invierno. Rostros sin nombres caminaban las calles en todas direcciones. En sus manos brillaba la maldición antigua del tesoro de los nibelungos.

Estaban todos muertos.